

UN TESTIGO DE BRONCE,

LEYENDA TRADICIONAL.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente
Comenzaba su curso una mañana,
Serenos y esplendentes
El azul del zenit tornando en grana.
Fecundidad lozana
Ostentaba dó quier naturaleza
Con la verdura que cubria el prado,
Y con la amarillez que á la corteza
Daba del fruto aun no sazonado,
Y á la espiga del trigo en el sembrado.
A los rayos del sol despertadores
Empezaban los sueltos jilguerillos,
Los mirlos y los pardos ruiseñores
A elevar escondidos en las ramas
Su armoniosa voz : y entre las flores
Empezaban mil varios insectillos
A estender sus alitas de colores.
Naturaleza, en fin, rica y fecunda
Derramaba dó quiera
Los preciosos tesoros de que inunda
La terrestre mansion la primavera,
Que huia ya con rápida carrera.
En medio de este inmenso panorama
De belleza, de luz y de armonia
Que el nuevo sol á iluminar salia,
Y que mundo se llama,
Uno de los mil puntos alumbrados
Es el punto no mas que en este dia,
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mia.
Corte entonces severa
De Felipe segundo,
Digna Valladolid entonces era
Del católico rey dueño del mundo.
La gala y la nobleza,
La virtud y riqueza,
Y la fé de la gente castellana
Encerraba en su seno
Su ancho recinto, que la corte lleno
Tenia con su sólida grandeza.
Sólida, si, porque Castilla ufana
Podia ver entonces su bandera
Por mil apartadísimos lugares
Tremolar altanera,
Respetada en las tierras y en los mares.
Es verdad que se usaban por entonces,
Y aun andaban en voga
Con los autos de fé y el santo oficio
Las hogueras, los tajos y la soga;
Mas tambien es verdad que astuto el vicio
Burlaba su poder, oculto asilo
En las casas recónditas hallando,
Y adorado y tranquilo
Seguia como siempre prosperando
Y en el mundo reinando :
Pero con la ventaja no pequeña
De que al creyente que en virtud vivia
La torpe desnudez no le ofendia,
Con que hoy el vicio sin pudor se enseña.
Mas volvamos al dia y á la hora
En que Valladolid del sueño alzaba
La frente, y con la luz de nueva aurora
Al afan de la vida se tornaba.
Y como cualquier hecho que se cuente
Se debe de narrar lógicamente,
Las partes de que conste no embrollando,
Inútiles noticias segregando,
De modo que el oyente

Lo entienda desde luego claramente;
Dejaremos aparte
Toda la poblacion, que no hace al arte
De nuestra narracion : y en la persona
Que toma en ella la primera parte
Desde momento tal nos fijaremos
Y la historia de vez comenzaremos.

De una casa, con humos de palacio,
En la ancha calle de Santiago sita,
De un rico camarín en el espacio
Y en un lecho blandísimo se agita
En brazos de penoso horrible sueño
El noble mozo de la casa dueño.
La ropa descompuesta
Tiene á los brazos enrollada y cuello,
Su agitacion mostrando la funesta
Razon oculta de ello.
El no usado desórden del cabello,
El sudor que le inunda la ancha frente,
Los agitados labios que pronuncian
Frasas sin ilacion, confusamente,
Que su espíritu acosa fieramente
Pesadilla tenaz bien claro anuncian.
Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño
Las quimeras fantásticas renuncian
Poetas y cuentistas comunmente,
Las que en este bullian tengo empeño
En estender sombría y vagamente
Cual estendiendo se iban en su mente
Las truncadas palabras anudando,
Que el gallardo mancebo que soñaba
Imaginaba con su afan luchando
Que su pesada lengua pronunciaba.
Acerquémonos, pues, hasta su lecho
Y oigamos lo que dice y lo que pasa
Con su imaginacion y allá en su pecho.

« ¿ Qué es esto ? de vapores la atmósfera
cargada [redor
« Sobre mi frente pesa : ¡ la siento en der-
« En raudos torbellinos rodar arrebatada
« Prensándome las sienes con infernal dolor !
« ¿ Qué es esto ? ¿ delirio ? ¿ qué espíritu
horrendo
« Suspenso en los aires me eleva tras sí ?
« Mi estrecha garganta se va comprimiendo,
« No veo, no siento, no aliento... ¡ ay de mí !
« ¿ Esto es que el fin de mi existencia toco ?
« ¿ Esto es sin duda que se muere así
« La última idea en el cerebro loco
« Girando en espiral que espira en sí ?
« Esto es ¡ ay ! que arrojado en el viento
« A su nada el espíritu va,
« Y anudado en el último aliento
« Nuestro cuerpo arrebatado quizá.
« Sin duda, eso es : y yo espiro
« Rodando en el aire, á la par
« Lanzando el extremo suspiro

« Lanzado sin fin á rodar.
« Sí, voy rodando en el viento,
« Condenado hasta espirar
« Tan horrible movimiento
« A seguir y á no parar.
« Y en giro interminable
« Rodando sin piedad,
« Caeré en la interminable
« Sombria eternidad.
« Se irá enrareciendo
« El aire tal vez,
« Y yo iré cayendo
« Con mas rapidez.
« Cual hoja suelta
« Que lleva el viento
« A cada vuelta
« Voy mas violento ;
« Casi no siento
« Como las doy ;
« Ciego, desmayo :
« Ya como el rayo
« Rápido voy.
« Ya no siento
« Como giro ;
« Ya no hay viento
« En mi redor.
« No respiro,
« Veo que espiro,
« Ya es mi aliento
« Vago, lento,
« Violento
« Como último
« Estertor.
« Ya ruedo
« Sin tino :
« Ni puedo
« Camino
« Buscar,
« Ni sé
« Si acaso
« Podré
« Mi paso
« Parar.
« Ya vago
« Perdido :
« Su lago
« El olvido
« Me estiende
« Al pié.
« Y en vano
« Me afano ;
« No hay tino,
« Ni hay mano
« Que ayuda
« Me dé.
« ¡ Sin duda
« Caeré !
« Lo creo...

« Lo sé.
« Lo veo...
« ¡ Mi sino
« Tal fué!
« Cierto,
« Sí;
« Yerto
« Voy;
« Cai.
« ¡ Muerto
« Soy!
« Nada
« Hay
« Aquí.
« ¡ Ay!
« Fui. »

Aquí con un esfuerzo repentino,
Hijo de la afanosa agitacion,
Con que tal pesadilla le oprimia
Espanta o el mancebo despertó.
De el camarín por el recinto oscuro
Tendió los ojos trémulo, el horror
Del sueño desechar aun no pudiendo
Ni apartar la verdad de la ficcion.
Consigo mismo hablando, y con sus manos
Reconociendo el lecho en derredor :
« ¡ Jesus ! ¿ qué es esto ? ¿ donde estoy, Dios
mio ?

¿ Qué vértigo letal me trastornó ?
Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
Bañado sienta de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
Crei en verdad que me arrastraba en pos
Por el vacío rápido girando
Cual átomo que arrastra el aquilon.
Hirviendo mar de cenagosas ondas
Me esperaba al caer; denso vapor
Me quitaba el aliento y los sentidos...
Dí al fin en aquel mar y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
Cerróse sobre mí con lento són,
Y en su bullente inmensidad oscura
La negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba, si; tocan mis manos
Mi lecho... sueño fué, ¡ gracias á Dios!
Era una fatigosa pesadilla
De una noche de estío, y ya pasó.
¿ Qué hora será ? por las maderas creo
Que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasia,
La luz serenará mi corazón. »
Esto pensando se envolvió en su bata,
Y en silencio al balcon se dirigió,
De donde viendo la ciudad y el campo
A la primera luz del nuevo sol,
Amanecer y comenzar el día
Embebido y absorto contempló.

Y á fé que es espectáculo halagüeño
La tierra ver con el primer albor
Y luminarse y despertar, creciendo
De nueva vida el movimiento y són.
¡ Y cuán bello es el día que amanece,
Y que contempla libre del pavor
De su ensueño fatídico el mancebo,
Sonriendo á su plácida impresion!

Ve
Que
Ya
Lento
Soplo
Blando,
Dando
Va.
Parda
Nube
Tarda
Sube :
Tinta
Roja
Pinta
Y da
Al cielo
Fulgur
Y al suelo
Color.
La niebla
Que puebla
La hueca
Region
Se trueca
Ahogada
En lumbre
Rosada,
Que dora
La cumbre
Del verde
Peñon.
La brisa.
Sonora
Se pierde
Indecisa
Y suave
Su són
Al ave
Levanta,
Que canta
Canora
La aurora,
Que estensa
Colora
La inmensa
Creacion.
Amanece :
La luz vaga

Segun crece
Desvanece
Los alientos
De vapor
Que la noche
Que ha pasado
Ha dejado
En derredor.
La tierra entera
Saluda al día
Con la hechicera
Grande armonía,
Que en diferentes
Puros acentos
A su arrebol,
Alzan contentos
Arboles, fuentes,
Aves y vientos
Alborzados
Con los dorados
Rayos nacientes
Del nuevo sol.
Ya entero su disco
Se ve en el espacio :
El valle y el risco,
La choza, el palacio,
La corte, el aprisco
Baño su esplendor.
Y ardiente cruzando
La reja entreabierta,
Y al hombre llegando
Le dice : « Despierta,
Bendice al Señor. »
Por rejas, miradores,
Postigos y terreros,
Sus mil respiraderos
Franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
Ya van los labradores
Y bajan los pastores
Al llano, y los oteros
Dó tienen sus labores
O el pasto mas feraz.
Ya por las abiertas rejas
Dó quier se ve á las mugeres
Sus domésticos quehaceres
Oficiosas emprender;
Y aumenta el ruido, y se escucha
De los hombres el acento,
Y se estiende el movimiento
De la vida por dó quier.
Reflejan al sol los tejados
De fresco rocío mojados;
Inunda las calles la luz :
Caballos y carros que cruzan
Por entre la gran multitud
El polvo al pasar desmenuzan
Doblando el rumor é inquietud.

Ya se vuelve el martillo y la sierra
Y la voz del que vende á escuchar,
Y otra vez desvelada la tierra
El silencio y la calma destierra
Y otro día comienza á pasar.
Ya en luz el universo resplandece;
La noche entre sus nieblas arrastró
Los sueños con que el alma desvanece,
Y la sangre en las venas enardece,
Y el aliento sofoca, y entumece
Los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño la mente
Del jóven delante del día lanzó,
Y libre y sereno su espíritu siente
Que calma tranquila le dió nuevamente,
Y nueva existencia la luz le inspiró.
Entonces rebotando su pecho en alegría,
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos
Las auras aspirando del sol del nuevo día,
Los ojos elevando al que su luz envía,
Así exclamó de hinojos ante la luz de Dios :
« Señor, yo te conozco : tu omnipotencia creo :
« Lo mismo en las tinieblas centellar te veo
« Que al estender el alba su espléndido ar-
rebol.
« Tu faz ante mis ojos dó quiera resplandece :
« Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!
« Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol. »

Y arrebatado así por la influencia
De nuestra santa religion cristiana,
Bendecia al Señor su inteligencia,
Rezando su oracion de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros,
Aunque dados á juegos y amorios,
Y llevando á la cinta los aceros,
Y empeñados en locos desafios
Del siglo en que vivian á costumbre,
Sabian mantener de igual manera
Las modas de la vana muchedumbre
Y la fé de sus padres verdadera.
Entonces, aunque habia
Protestantes y herejes
Que amenazaban desquiciar un día
La religion de sus seguros ojos
Por conviccion ó por iluso vicio,
Cada cual en su fé se mantenía,
No desdeñando de ella el ejercicio;
Los ritos de su fé firme siguiendo;
Por su creencia con valor muriendo.
Así fueron los nobles castellanos
De nuestra edad pasada,
Y, aunque en sangre tal vez tintas sus manos,
Por su Dios y su rey desenvainada
Cifieron siempre con honor la espada;
Y en el campo á la par como en el templo
De piedad y valor fueron ejemplo.
Uno de ellos y tal el jóven era

Actor primero que á la escena sale
 En esta nuestra historia verdadera,
 (Que salva su verdad bien poco vale).
 Sangre corre de Vargas y de Osorios
 Por sus venas, y heróicas acciones
 Le dan mas precio aún que sus blasones,
 Aunque merecimientos bien notorios
 Los hicieron ganar á sus pasados
 De alta virtud y de valor dechados.
 Tal era, y á empezar se disponia
 De su persona el especial aseo,
 Para asistir en hora conveniente
 A decoroso empleo
 Que en la corte asistia,
 Cuando en su cuarto entrando de repente
 El page que inmediato le servia,
 Puso en sus manos blasonado pliego
 Que segun en su sobre prevenia
 Debía ser obedecido luego.
 Abríde pues, y visto el contenido,
 A su page mandó que le vistiera
 Y que á salir con él se dispusiera :
 Porque su tío Don Miguel de Osorio,
 Alcalde por el rey de casa y corte,
 A las nueve le cita á su juzgado,
 Y caso debe ser muy perentorio,
 Y mucho es fuerza que á su honor importe
 Cuando con prisa tanta es de él llamado.
 Con que asiendo su acero,
 Requiriendo la capa y el sombrero
 Para cualquiera trance apercebido,
 De su page seguido,
 Salió de su palacio el caballero.

CAPITULO II.

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA
 DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy
 Con puntas de altanero, [grave,
 Preciado de que sabe
 Interpretar la ley como el primero.
 Juez de grande experiencia
 Y en verdad profundísimo letrado:
 A la jurisprudencia
 Con el alma entregado,
 Y de su profesion enamorado.
 Juez íntegro y severo,
 Respetado dó quier, dó quier temido
 Por todo el pueblo entero
 En quien jurisdiccion le han concedido.
 La inquisicion y el rey en su destreza
 Y en su severidad del todo fian
 La paz de la ciudad; y no hay cabeza
 De enemigo, ladron, vago ú hereje
 Que un día ú otro día entre sus manos
 De verse al cabo asegurado deje.

Sutiles comisiones,
 Misteriosas prisiones
 Y políticas causas concluidas
 Con suma discrecion tiene á montones
 Y sabe él solamente mas secretos,
 A mas ajenas vidas
 Confesadas á él, ó sorprendidas
 Por él, que los mas anchos y discretos
 Confesores tal vez tienen oidas.
 Mil veces él en árduas ocasiones
 Se encargó voluntario
 De causas muy oscuras y enredadas,
 Al fin abandonadas
 Por otros sapientísimos varones,
 Porque contra razon fueran falladas
 Con sentencias á ley bien ajustadas.
 Pues suele haber culpables
 Tan diestros, y tan diestros escribanos,
 Que habiendo pruebas casi incontestables
 Que les ponen los erimenes palpables
 No pueden ser ante á ley probadas,
 Y los reos se van de entre las manos
 Contra razon sus causas despachadas,
 Aunque segun los códigos humanos.
 Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas
 Con prodigioso estudio y perspicacia
 Del misterioso crimen fué las huellas
 Siguiendo, y dando al fin con eficacia
 Cabo feliz á la verdad oculta,
 Justicia y proteccion al inocente
 Y castigo ejemplar al delincuente.
 Tal es el juez ante quien es llamado
 El gallardo mancebo, su sobrino,
 Que hemos visto dejar apresurado
 Su casa, enderezando su camino
 De su tío al juzgado.
 No se hizo esperar mucho el noble mozo,
 Y apartando el sombrero y el embozo,
 Entrando en el despacho del letrado,
 La espresion franca de respeto y gozo
 Que á su faz asomó, cambiósse en ceño
 Otro mancebo al encontrar sentado
 Allí con beneplácito del dueño.
 Púsose en pié el hallado
 Por honra del venido,
 Pero si fué el saludo recibido
 Por Osorio tal vez, no fué acusado.
 Y era sin duda comprendido juego,
 Porque el que tal desaire recibiera,
 Aunque mostró en su faz de la ira el fuego
 Ni un movimiento mas hizo siquiera :
 Y claro se veia
 Que ninguno de entrambos se estrañaba
 De lo que él otro hacia,
 Y que un misterio entre los dos habia.
 Todo esto advirtió el juez en el moment
 Y atajando la voz de su sobrino
 Que iba á brotar del labio,

La puerta aseguró del aposento.
 Y volviendo á tomar en su poltrona
 Arrellanado asiento,
 Y la toga que envuelve su persona
 Sobre sí acomodando,
 Con sosegada voz, mas no severa,
 A decir comenzó de esta manera :
 « Presumo, y lo concibo, caballeros,
 Que os es estraña semejante cita,
 Y que en mi casa el reunido haberos
 Explicacion para ambos necesita
 Despues de lo que entrambos ha pasado,
 Y os lo voy á esplicar por de contado.
 Antiguas y arraigadas disensiones
 En vuestras dos familias heredadas,
 Han tenido hasta aqui las relaciones
 De vuestras dos familias mal paradas.
 Nuestros pasados reyes
 No se atrevieron á mediar en ellas,
 De la nobleza atentos á las leyes
 Que hasta aquí permitieron á los nobles
 Arreglar á su antojo sus querellas,
 O hacer su agravio y sus enojos dobles.
 Nuestros padres nacieron
 Enemigos : se odiaron
 Por tradicion no mas, y se injuriaron
 Tenaces, y sin juicio se batieron
 Dó quier que se encontraron.
 Unos á manos de otros sucumbieron,
 Y el profundo rencor con que nacieron
 A sus hijos legaron.
 De vuestras razas, ya ramas postreras
 Nosotros tres, tambien hemos guardado
 La sinrazon y enemistad enteras.
 Con el maldito objeto
 De sostener nuestro rencor secreto,
 Nuestros padres tan solo se empeñaban
 En adiestrarnos en reñir : ponian
 Armas en vuestras manos desde niños ;
 Y al cabo conseguian
 Hacer de sus presentes sucesores
 Lo que de ellos sus muertos ascendientes,
 Unos espadachines imprudentes
 Para quien fuese hallar competidores
 Casi imposible entre los mas valientes.
 Tal en mi juventud yo mismo he sido,
 Y tal sois hoy vosotros
 Que dó hallado os habeis habeis reñido,
 Y si vivís se lo debeis á otros.
 Mas cansado ya el rey de que esto dure
 Tantas generaciones,
 Ordena que se apure
 El manantial de tales disensiones.
 Su majestad se mete por padrino
 Vuestro, señor Don Juan, y su derecho
 Sobre vos, recordando porque os tuvo
 En la pila al nacer, y que no dudo
 Que respeteis, os da por satisfecho :

Y yo por satisfecho á mi sobrino
 Dando á la par, su majestad unidos
 Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.
 Quiere que la ciudad juntos os vea,
 Y pues nacisteis nobles verdaderos
 Y sois en lo demas tan caballeros,
 Por vosotros su pueblo nunca crea
 Que un odio tan villano capaz sea
 Dos nobles de cambiar en bandoleros,
 Siempre puestos en trance de pelea.
 La majestad del rey así lo exige,
 La poblacion entera lo desea,
 Y á mí con él su majestad me elige,
 Mediador y padrino
 Competente entre vos y mi sobrino.
 Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustre
 Recordad del blason de nuestra casa,
 Pues si adelante vuestro enojo pasa
 Y haceis así que el gusto real se frustre,
 El rey ha de tomarlo tan á pecho
 Que os habrá de pesar lo que habeis hecho.»
 Así habló el juez, y se quedó esperando
 De alguno de los dos una respuesta
 Que su intencion pusiera manifiesta,
 Y ellos unos momentos meditando.
 Al fin el jóven Don German de Osorio,
 Dejando su sillón franco y atento,
 Tornando á su enemigo, con notorio
 Placer le dijo y amistoso acento :
 « Contrarios nuestros padres nos hicieron :
 Vivimos hasta aquí como enemigos
 Porque así sus enojos lo quisieron,
 Mas ya que media el rey y ellos murieron,
 Pongo á mi honor y al cielo por testigos
 De que depongo aquí mi encono insano ;
 Mi valor conoceis y mi hidalguia ;
 Si á vos no os está mal, por parte mia,
 Caballero Don Juan, he aquí mi mano. »
 El mancebo á quien iba dirigida
 Tan generosa oferta, un punto breve
 Quedar ante él la permitió estendida,
 Como quien á admitirla no se atreve
 O duda si ser debe ó no admitida.
 Túvolo Osorio quieta el mismo punto,
 Aunque al ver que en tomarla se dudaba
 Cuando él con tal franqueza la alargaba,
 Pálido se quedó como un difunto ;
 Pensando que otra vez al recogerla
 En la espada a mas puede ponerla.
 Mas Don Juan antes de ello
 La suya adelantó, é hidalgamente
 Aceptó la amistad de que era prenda.
 Y el juez, de entrambos mozos exigiendo
 Palabra de cesar en su contienda,
 Despidióles á entrambos, prometiendo
 Que en muestra del agrado soberano
 Admitidos serian aquel dia
 En su presencia y á besar su mano.

Y así fué : y el prudente Don Felipe,
Al medio día, ante la corte entera
Mostró su complacencia á los mancebos,
Y un tanto suavizó su faz severa
Al dar un paraben público y franco
A los amigos nuevos.
Juntos salieron de palacio, y juntos
Mostráronse los dos en varios puntos
De la ciudad, el blanco
Dó quiera siendo de los ojos todos,
Recibiendo dó quier enhorabuena
Por el dichoso fin de tantas penas,
De tan vanos rencores dimanadas
Tan largos años á rigor llevadas,
Y de gente tan noble tan ajenas.
En amistosa union así anduvieron
Ambos durante la jornada entera :
Y juntos á un festin se reunieron
Celebrando la paz de esta manera.
La noche que estendía
Su manto de tinieblas por el mundo
Les dividió, espontáneo y profundo
Sentimiento mostrando de alegría
Por la nueva amistad que les unía.
Con lo cual fué Don German de Osorio
A la casa del juez donde asistía
Las horas de la noche, y una dama
A visitar Don Juan á quien servía.
Mas con el juez á Don German dejemos,
Caro lector, y tras el otro vamos;
Y cuán inestables son comprenderemos
Las cosas de la tierra que habitamos
Y el corazon del hombre en quien fiamos.

CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)
Y en una calleja angosta
De las que á dar al Esgueva
Van, y con puentes le cortan,
En una casa que esquina
Hace á dos callejas corvas,
Una hácia la Plaza Vieja
Y hácia las Angustias otra,
Vivia en aquellos tiempos
La hermosura peligrosa
De una morena de veinte,
Dándola una tia sombra.
Nació esta red de las almas
En las quebradas de Ronda,
De una pasion y una sangre
Mixtas de cristiana y mora.
Un capitán mal cristiano
Y una esclava de Mahoma
Cautiva del capitán,

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

La dieron sér sí no honra.
Y viendo cual fué con ella
La naturaleza pródiga,
Pusiéronla y con justicia
El bello nombre de Aurora.
Aurora fué de las gracias,
Que á porfia unas tras otras
Mostraba segun crecia
En su gallarda persona.
Esbelta como una palma,
Ligera como una corza,
Flexible como una espiga
Que el mas leve viento dobla,
Con dos ojos que á los astros
Con su resplandor enojan;
Con una voz mas que el aura
Simpática y armoniosa,
Y con una alma mas pérfida,
Mas temible y mas traidora
Que los escollos ocultos
De la mar bajo las ondas;
Era la astuta rondeña
De cuantos mirarla logran
Iman de los corazones
Y corsario de las bolsas.
Dejóla su padre, muerto
En un desafío en Loja,
Con unos cuantos doblones
Una haciendilla bien corta.
Usurpósela un su primo,
Y ella á ver si la recobra
Vino á la corte, entre tanto,
Viendo si heredar puede otra.
Mas tan diestra como bella,
Y como hechicera hipócrita,
Ganar se ha sabido fama
De discreta y virtuosa;
Y si sale es solo á misa,
Y embozada y jamás sola;
Si la visitan son siempre
Damas que crédito gozan;
Si la festejan galanes
Con músicas y con rondas,
Si billetes la dirigen,
O la siguen, ó la abordan
En la calle, ó en las gradas
Al salir de la parroquia,
Ella ni el velo levanta,
Ni lee un papel, ni se asoma
A escuchar á la ventana
Los cantares que la entonan.
Su tia es quien los despacha
Despues de veinte y cuatro horas,
Y cuando de quien es él
Con maña oculta se informa.
Mas como han hecho una vida
Tan recogida hasta ahora,
Mas no han llegado á sus puertas

Que mozos de barba intonsa,
Estudiantes, militares
De larguísima tizona
Y retorcido bigote,
Muy amigos de camorras,
Muy dados á francachelas
Y fiestas estrepitosas;
Todos de amor tan holgados
Como encogidos de bolsa.
Y esta escondida sirena,
Esta bella Circe incógnita,
Tan recatada del mundo,
Es la dama misteriosa
A quien visita Don Juan
Y á quien Don Juan enamora,
De la encapotada noche
Con el favor de las sombras :
Y lo que ha hecho el tal Don Juan
Para hacerse con la hermosa
Tan buen lugar, y adquirir
Tales derechos, se ignora.
Solo uno de los galanes
Desairados, en la Lonja
Dijo un día paseando
Que vio á Don Juan á la hora
De anocheecer con la tia
Hablar largo rato á solas
A un lado de la plazuela
Dó su calle desemboca,
Y que á otro día la vieja
Compraba galas y joyas
A su sobrina en las tiendas,
Pagando en muy buenas onzas.
El cómo nadie lo sabe,
Lo cierto es que Don Juan goza
De gran favor con la dama
Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
Del día en que sus discordias
Terminaron de una vez
Osorio y él, y en la propia
Ocasión en que en la casa
Del juez y entre gente docta,
Mantenia Don German
Pláticas no muy sabrosas
Para mozos de sus años,
Mas que mantener le importa,
Pues que las mas de las noches
Acude allí aunque le enojan,
Don Juan en el aposento
Mismo de la encantadora
Rondeña, á sus piés sentado,
Escuchaba de su boca
Dulces palabras de amor,
Y respiraba el aroma
Que de la flor de sus labios
Al abrirles se evapora.

Aunque las que en este punto
Cruzan, á fé que no forman
Tan enamorada plática :
Pues la de su amor acorta
La relacion de sus odios
Que en amistades se tornan.
Mas sus palabras oigamos
Pues lo permite la historia.

Aurora. ¿Y ese Osorio que dices
Es sobrino del juez del mismo nombre?
D. Juan. Sí, mas con ese ceño,
Aurora. ¿de esa paz qué mal predices?
Aurora. No lo sé, mi Don Juan; pero de
ese hombre

Me temo, que te meta en mas empeño,
Con la paz asentada,
Que con la saña y division pasada.
D. Juan. ¿Mas cuál es la razon de tus
temores?

Dila si alguna tienes, que me holgara
Conocer la intencion de esos traidores,
¿Y vive Dios!...

Aurora. Don Juan, no así te azores.

D. Juan. ¡Oh! donde al uno de los dos
hallara...

Aurora. Escúchame primero.

D. Juan. Le matara!

Aurora. Yo nada sé, Don Juan, de positivo,
Mas la ocasión de mis sospechas oye,
Y acaso en ellas mi razon apoye
Sólido fundamento :
Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,
Y favores sin cuento,
De tí en mi duelo y orfandad recibo,
Te diré en lo que estriba
El temor que sobrado
Acaso manifiesta mi cuidado
Porque el tuyo tambien despierto viva.

D. Juan. Acaba, en fin, por Dios.

Aurora. Ese mancebo

Osorio con quien paces
Tan repentinas haces
Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
Y al umbral de esta casa
Vino á parar guiándose por ellas.
Paseó la calle al pié de mis balcones
Alguna noche, y en las altas horas
Me hizo entonar canciones
Y músicas, de amor acusadoras.
Yo le iba á despedir por importuno,
Cuando una noche en medio de su fiesta
De su rondalla interrumpió la orquesta,
Como cortada para azar alguno.
Curiosa de entender lo que pasaba,
Por el postigo me asomé entreabierto,
Y vi que entre los músicos estaba
Con sus rondas el juez, y á su sobrino

Del brazo se llevaba
Y al oído le hablaba;
Y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
Viejo criado de mi anciana tía,
Nos dijo lo que el juez dicho le había.

D. Juan. Acaba, Aurora, ¡qué le dijo, acaba!

Aurora. Que la dama que así galanteaba
Era la dama á quien Don Juan servía.
Mi pleito desde entonces no prospera,
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,
Donde anudando vuestra historia entera,
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera:
Conocieron la dama
Que su enemigo ama,
Y encima de su rastro se pusieron:
Los intereses de ella entorpecieron,
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen
Y acechan, si no es ya que les persiguen,
Por mediación del rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama
Algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
Quedas tú de la tuya, el tío tiene
Gran favor con el rey, y del rey viene
La mediación... me temo que es un dolo
Que Don Miguel de Osorio te previene.

D. Juan. Ese fuera el azar hasta hoy más grave,

Pues ellos la amistad solicitaron.
Aurora. Mas si el caso pintaron
De otro modo, ¿quién sabe?
Esto no es más que suponerlo todo,
Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,
Me estraña mucho la ocasión y el modo.

Y de este fué calculando,
Y trayendo á la memoria
Mil apariencias contrarias
La andaluza previsora:
Y deste modo Don Juan
En su ánima recelosa
Empezó á sentir que entraba
Lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tío
Hasta la de la que adora
Solo median pocas calles
Y esas además muy cortas.
Vió que el pleito de la chica
Ventajosa faz no toma
En el despacho de Osorio,
Y poco á poco fué torva
La faz mostrando Don Juan:
La voz espiró en su boca
Poco á poco, y vese, en fin,
Que mil quimeras que abortan
De su dudoso cerebro

En su corazón se agolpan,
De los sucesos pasados
Despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
Su alma embebida y absorta,
A media noche Don Juan
Dejó á la Circe de Ronda,
A pasos lentos cruzando
Por las callejuelas lóbregas
Que rodean de la Antigua
La solitaria parroquia.

SEGUNDA PARTE.

La lobreguez de la noche
Tiene ya con sus tinieblas
Aquella ciudad dormida
Por todas partes envuelta.
Del manto azul de los cielos
Ni un giron percibir dejan
Los vapores que interpuestos
Brotan entre él y la tierra:
Y el murmullo de la vida
Apagado por dó quiera,
Todo es calma y todo sombra,
Todo calla, y se ve apenas
Algun farol espirante
Que ante alguna imagen cuelga,
Y el rumor solo se escucha
De las aguas del Esgueva,
Que cruzan por la ciudad
Con débil corriente lenta
Por entre los guijos ásperos
Que entorpecen su carrera.
Solo en una de las muchas
Curvas que á trazar le fuerzan
Los edificios que le abren
Paso, con la luz siniestra
De un farol que ante una imagen
Suspendido reverbera,
Se ve un trozo de una calle
Y el río que la atraviesa.
Un puentecillo de un ojo
Reune dos callejuelas
Que vuelven á dividirse
En cuanto de él se libertan.
La una, solitaria, lóbrega,
Mal empedrada y estrecha,
La parroquia de la Antigua
Casi en su mitad rodea.
Sobre el agua al otro lado
De otra parte de la iglesia,
Y en el muro que hace cara
Al río y la calle á medias,
Hay en un nicho una efigie
Del Crucificado puesta

Dentro de un escaparate,
Que entre cristales se cierra;
Y allí es donde está el farol
Que sobre el agua refleja,
Un círculo de luz parda
Trazando con su luz trémula.
Y allí es donde á largos pasos
En aquella noche mesma,
Llegando dos embozados
Con diabólica fiereza
Se trabaron á estocadas
En sacrilega contienda:
Y á la luz de aquel farol
Que avisa allí la presencia
Del Hacedor de la vida
Contra las suyas atentan.
Nadie despertando al ruido
De sus cuchilladas recias
Abrió su ventana, nadie
Dando á deshora la vuelta
De galanteo ó tertulia
Llegó al lugar de la escena,
Y no hubo tampoco ronda
Que á dividirles viniera.
Ellos por espacio largo
Continuaron su pelea
Con tenacidad furiosa
Y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
La voz que dijo con fuerza:
« ¡Déjale, déjale! » y luego
La del otro que exclamaba.
« ¡ Ah traidor, maldito seas! »
A estos dos gritos, que oídos
Sobre el rumor del Esgueva,
Fueron desde el lecho por
El llavero de la iglesia,
Se abrieron de una ventana
Las encajadas maderas,
Y mirando á todas partes
Apareció por entre ellas
Cubierta de un gorro blanco
De aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver,
Puesto que á cerrar volviéndolas,
Quedó otra vez en silencio
La calle, el río y la iglesia.

CAPITULO IV.

FOR EL QUE COMPRENDERA QUIEN ATENTO
LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba Don Miguel de Osorio
En la mañana siguiente
Para empezar sus tareas
A sentarse á su bufete,
Cuando entrándose el portero
Del juzgado de repente,

Dijo: « Perdonad, señor,
Que así atrevido penetre
Sin órden en vuestro cuarto;
Pero el caso es muy urgente. »

El Juez. ¿Qué hay, pues?
El Portero. Un pesar muy grave.
El Juez. ¡Hablad en fin! ¿qué acontece?
¿Qué es ello?

El Portero. Traen el cadáver
De un hombre, y según parece
Murió en la calle esta noche
Asesinado vilmente.

El Juez. ¿Han cogido al asesino?

El Portero. No, señor.

El Juez. Pues bien: que dejen

Depositado el cadáver
En esa iglesia de enfrente;
Que llamen al escribano;
Que al doctor busquen, y á verle
Pasaremos al momento.

El Portero. ¡ Ah señor!

El Juez. ¿Qué más sucede,

Vive Dios que estais tan trémulo
Y asustado! Si supiereis
Algo de lo sucedido
Esta noche en esa muerte,
Declarareis y laus Deo.

Mas ¿á qué mil diablos vienen
Esas lágrimas ahora?

¿Era el muerto algun pariente
Vuestro?

El Portero. ¡ Ay señor, ojalá!

El Juez. Concluyamos, pues, imbécil,
De una vez: que entre la ronda
O quien quier que le trajere.

El Portero. Le trae la vuestra, señor

El Juez. Que pase, pues.

El Portero. No se atreva
Ninguno á daros tal nueva.

El Juez. Pero ¿qué misterio es este?

Para informarme que un hombre
Ha muerto por mano alevé,
Declarar y entablar de ello
La causa correspondiente,
¿Qué teme nadie de mí?

¿Porqué no han de osar mis gentes
Darme noticia del caso

Que á mi juzgado compete?

El Portero. Señor, porque es conocido
Vuestro el muerto.

El Juez. Y aunque fuese

Mi mejor amigo, soy
Juez, y me imponen las leyes
La de administrarlas justo
Por más pesar que me cueste.
Con que decidles que pasen,
Y el muerto á la iglesia lleven,